

CABEZO DE TORRES 2006. CRÓNICAS DE UN AÑO EXTRAORDINARIO

Juan Vivancos Antón. 247 páginas. Editado por la Junta de Cabezo de Torres y el Ayuntamiento de Murcia.

El recién nombrado cronista oficial de Esta pedanía huertana Juan Vivancos Antón, es un hombre inquieto y culto, sabe que para valorar un tiempo concreto de la pedanía ha de contar sus efemérides día a día, lo que significa traer a colación las noticias periodísticas más destacadas de su pueblo, ello desde el espacio del calendario. Sabe nuestro cronista, pues uno ha de conocer cada pedanía de huerta y campo, para mejor controlar, analizar y concretar su historia; que la mejor manera de investigar cada ciudad o aldea es valorar esa evolución vital en cada instante, lo que en este caso hace a través de las noticias de la prensa diaria. Muchas motivaciones existen para ello y su cronista intuye que recuperadas y puestas en orden, le dan el sabor suficiente para conocer y destacar su imagen, como el mismo dice, “ para así tener un medio fiable con el que valorar la progresión de la vida de nuestro amado pueblo.”

Esto lo consigue a la perfección mediante una labor paciente y fiel a los hechos que transcurren en el Cabezo de Torres, en el año 2006 que comprenden los sucesos más entrañables habidos durante ese año, desde los más humildes a los más ampulosos, pues cada acontecer, en cualquier etapa del calendario deja un sabor a vida local en el concejo.

Con ello lo que nos indica el cronista referenciado es que se puede hacer historia desde la sencilla noticia, como puede ser el nacimiento de un niño o la expresión más importante del pueblo en la presencia de sus fiestas.

Todo es importante como se observa, pues la peculiaridad del cronista es tomar

nota de cada rasgo que aunque de menor cuantía, sin embargo vale para una valoración total. En este caso Cabezo de Torres siempre la hemos considerado una pedanía de huerta esencial en el entorno de nuestra huerta, con su personalidad motivada en la raíz de su linaje, con sus usos y costumbres que dejan honda huella y en ello es donde debe profundizar el cronista Juan Vivancos, pues tiene un material suficiente que le va a servir de estudio fidedigno, amén de defender la huerta frente al llamado progreso urbanístico que irrumpe, cada vez más en este espacio básico para Murcia.

Felicidades al cronista Juan Vivancos Antón por su excelente trabajo y designación como tal, como a la Junta Vecinal de Cabezo de Torres.

PALABRA DE CALLE

(El léxico de Jumilla. Emiliano Hernández Carrión. Academia de Alfonso X El Sabio.

Jumilla es un bello municipio de nuestra región, pero es que además conserva un ingente patrimonio paisajístico y arquitectónico, sobre un basamento de una etnología apasionante que se desplaza a sus casas de labor, con un predominio rural dentro de su carácter histórico y donde el castillo recrea su contenido medieval. Por otro lado la sierra de El Carche le otorga realce y digna presencia, con su vetusto sabor a madera, en cuyas faldas se arrebujaba un interesante modo de vida. Tratar de Jumilla es tener en cuenta muchas cosas como retornar a un pasado milenario, plasmar secuencias de los viejos cueveros que con su sabiduría experimentada, dieron razón de ser a unos espacios que forjaron la primitiva vivienda o morada del campesino, cuevas que quedan como signo de un hábitat y una síntesis cultural de envergadura. De dentro hacia fuera construían y dejaban constancia del

hogar como habitáculo que se desplaza, con el tiempo, al casón y la casa de labor que tiene en sus pedanías asombrosas y pintorescas, una garra extraordinaria, como en la zona del Altiplano. Una manera de vivir que crea usos y formas de expresarse, de elevar plegarias al Sumo Hacedor y de hablar.

Es la lengua el medio de comunicación más ajustado a la esencia humana, pues el lenguaje impone la relación con el otro, a la vez que ajusta sentimientos y recrea todo una técnica que es el léxico, como maquinaria normal en la relación diaria. De ahí ese regocijo por el estudio del habla, por la necesidad de comprenderse y restaurar cada signo, icono, voz que desde tiempo inmemorial sirvió para este enlace y que cada entidad regional aporta a la cultura, como existe un lengua urbana y otra huertana. Tenemos que ir reconsiderando este material que conforma la identidad de cada uno de nuestros pueblos

Mas aún cuando la convivencia hace que el uso de la palabra se convierta en algo tan entrañable como rezar o mantener una conversación al uso de cada día, lo que se convierte en una reliquia que hay que conservar, al igual que las expresiones o frases hechas que responden a unos sentimientos equivalentes a sus costumbres o formas de laborar.

Emiliano Hernández Carrión es un investigador jumillano que sabe y, sobre todo, ha vivido ese tiempo tan sutil y preciso del afán diario del lugar, que da testimonio de ese lenguaje de la calle, hasta ofrecernos una visión grata del significado de sus voces y requiebros, como sonidos y frases hechas que se requieren en el lugar. Su obra " La palabra de calle" nos ofrece en manantial de palabras del pueblo, con su salero y garbo, su entonación desde la a, a la zeta, como su sentido popular que derrama. Lo hace con dedicación y elocuencia, sin despreciar nada ni orillar lo menudo y delicado que comprende su contenido, entendiendo que esa voz es el ori-

gen, la prestancia de una cultura recibida, el testimonio de algo que vive y forma parte de un paisaje, de una tierra.

UNA MIRADA AL SEGURA.

EL RÍO QUE NOS UNE

Alonso Torrente Rodríguez. Edición A.T.R. Fotografía y texto. A.T.R. 2005

(Unas sensaciones personales al soca-
re de su lectura)

-I- Primera parte

Espléndido libro éste pleno de fotografías y con un texto de autor que lo significa aún más. Una mirada al Segura nos sume en una delicia de encuadres paisajísticos tomadas desde perspectivas ocultas y que su autor nos brinda envueltas en una grata y sensible catadura, algo que sintetiza una labor de aproximación a nuestro río, que, como dice su autor, nos une y da identidad a una serie de entidades por las que transcurre.

Desde luego el río Segura, el que nos cobija, sobre el que tanto se ha escrito y viene escribiendo, cobra cada vez más arraigo, una dimensión extraordinaria y ello a medida que se le va conociendo, porque como dice Goethe no podemos amar aquello que no conocemos, y lo que forma parte de nosotros se realza y toma prestancia, es algo que nos invade y nos colma de admiración y ternura.

Pero tratar del Segura en el entorno de los ríos ibéricos, con sus afluentes y puntos cruciales de desarrollo y enjundia, es muy atractivo, sobre todo porque nos infunde de una emoción sin límite, sencillamente porque forma parte de nuestras vidas, está impregnando la esencia de nuestra región.

El río Segura no es tan solo un río que fluye, en cuyas mismas aguas, como dice Heráclito, no nos podemos bañar dos veces y en ello radica su encanto; es sobre todo un alma, algo que nos inunda de ale-

gría a su paso por cualquier zona paisajística, que nos fecunda de gracia y significado nuestra existencia buscada en su cercanía y en su lejanía. Ser murciano, pertenecer a la región conforma un latido que se ve rubricado por este río, menguado a veces, y agitado otras, escueto en determinados lugares y profundo y alarmante en otros, pero siempre tan personal y suave como una voz que nos da paz y encanto.

Muchas veces hemos estado en los bellos encuadres que el autor Alonso Torrente, calasparreño de pura cepa, nos regala con su diestra máquina de fotos. Puede que por la zona de Isso donde sus puentes de piedra remansa el agua y hace aflorar diestras ninfas cantadas por Garcilaso en su momento, acaso por Polo de Medina más tarde, con los ecos de pastores que refieren alabanzas de otrora edad. Acaso por la zona albaceteña de Letur o Lietor, de Ayna y Férez, se encajen los lancas ajustados de recodos adorables que dejan sus sonidos en fuentes acogedoras, delatadoras de un verbo lírico que se ajusta al risco, untando todo de la flora primaveral donde las orquídeas derraman su lisonja, mientras en los prados otoñales se da cita la orquesta vegetal para verter su recia fragmentación de tonalidades amarillas que se reflejan en el manso recodo del río, por donde hay que saber llegar y clavar el alma para recibir sus cuitas lisonjeras. Porque, en verdad que cada encuadre de río con la floresta, farallones y gargantas por donde transcurre, nos ofrecen la lindeza de una naturaleza rica y solemne, vertebral y soberbia que nos halaga y deja su razón en sus hallazgos.

Podemos escribir lo que queramos sobre nuestro río, que es una voz que clama en la hondura del valle, rige la ley natural de su curso en el mismo ámbito de su nacimiento que linda con Jaén y derrama su argucia y bondad por donde pasa, limando sus riberas y untando sus cañaverales de adorables jopos que el huertano



coloca en un jarrón sobre la mesa de su vieja barraca.

Por los eruditos se dice que recorre 325 kilómetros que se suman a sus afluentes, con los 1.413 metros de desnivel que se adhieren a su trayecto. De ahí que, como dice el autor del libro ,su cuenca abarca 18. 870 km. cuadrados, extendiéndose por seis provincias que conocemos y a las que le otorga prestancia y hermosura.

Ungido por la fluencia de sus pantanos, desde el de la Fuensanta a El Gallego, vertebrado por trancos y barrancos, estrechos como el del Diablo, serranías como la de Peñalcón, trenzado por ríos menudos como el de Tus, Taibilla, Zumeta, Madera, etc, que nos descubren su sintonía y lealtad en sus entresijos y atrevimientos; deja su aplomo a la entrada de Murcia, una vez que intensifica su carga en las sinuosidades vastas de los Almudenes, con giros y frenética astucia en sus paisajes, fundiéndose por las riberas

moriscas del singular y ecológico Valle de Ricote, brote de huerta y paisaje que ahora se ve atosigado por la inercia del progreso que destruye lo ambiental, con sus nichos de toda índole. Va declinando su desparpajo en la desenvoltura de la vega media hasta su desembocadura de Guardamar, no sin antes dejar una huella flexible y lírica en las pedanías de huerta en torno a Orihuela y Alicante, con sinuosos trazos y ejemplares arquitectónicos en sus puentes recios que nos evocan la altura de miras de nuestros ingenieros.

Este río nuestro, cantado por los poetas y pintores, alejado y evocado en ocasiones, no es otro que el denominado por los romanos Thader, por los árabes, Wad- Al-Ayad (río Blanco), Sigura, en tiempos de Felipe II, resbaladizo, grandioso y a veces escueto, con sus trenques y meandros, como el de D. Payo, que tuvo su rasgo y lisonja en la época moderna. Altivo y brusco a lo largo de su historia cuando la tormenta hacía sonar su entraña y se desbordaba como Tritón, sobre las tierras y heredades de los huertanos, a través de sus celebérrimas riadas; lo que daba lugar a una sinfonía de caracolas que el huertano, labriego y cavador sobre todo hacían sonar en medio del pasaje, conectando con sus compañeros, dando una llamada misteriosa que ponía en afán de lucha a los huertanos. Porque era la voz de la riada, aunque otras veces se hacía como forma de dar la bienvenida a los vendimiadores que tornaban de su trabajo en extrañas tierras. Pero la tormenta era signo de riada que rompía las compuertas de toda la huerta, haciendo trotar el río y causando grandes estragos cuyas heridas conocen estos hombres rudos y leales, trabajadores y amantes de su vieja barraca, de sus hijos y sus bancales. Por ellos dieron su vida, dejaron la cadencia de su altivez, todo lo que eran capaces de afrontar para sujetar el río, tan elemental como base de su riego a través de las acequias, cuyas arterias son su sangre vital.

Sin el río no hay vida, no hay amor ni nada, porque fecunda con su trayecto la tierra donde habita el hombre, el huertano que conoce su silencio y su drama, sabe de su querencia y de la necesidad del agua cuando llega el estío y se abaten sus acequias. Cada acequia es una voz que delata la santidad de una vida; la del labriego que ara y majinca su tierra, con sus albardas y vestimenta que más semeja un moro, sobre todo cuando luce su traje barroco en cada Miércoles Santo. Pero las acequias se marcharon como las barracas, se fueron y ya no queda nada. Se difumina el paisaje, tan nuestro como sus recodos, moreras y tablachos. Se nos va la huerta y nos quedamos tan solo con el progreso que es vacío y nada.

Se aposenta el río en su largo trayecto por espacios magnos que atesoran ámbitos de regocijo, una vez que fluye en su nacimiento y se destaca, con su potencia, por el entorno de Fuente Segura que nos asombra a cada instante con el aporte de sus pueblos ocres, con sus recias iglesias que mantienen el ademán de la bienaventuranza. A veces destaca su caminar por el entresijo del arroyo, como el de la Fuente, que recoge un caserío sumiso a las faldas de la montaña, cuyos vecinos conocen el aleteo de los pájaros y las sombras de sus árboles que en los otoños amarillean y clavan la mirada del artista en sus diversas poses que atraen, sobre todo cuando el otoño se viste de amarillo y las choperas instalan su fantasía colorista en el ambiente. Fisga el río, en su curso, orillas selectas junto a aldeas que como la de Poyotello dejan su rasgo rural en sus faenas del cereal, se inquieta en los entresijos hoscas y rudimentarios de Huelga Utrera, brincando el agua sobre zonas rocosas y dando semblante de brío y dominio. Por aquí el paisaje se cubre de gamas ocres y amarillas de sus álamos, avellanos y arces que recargan el espacio con su nueva energía otoñal, haciendo pulular la naturaleza en todo su regocijo,

dejando a los buitres que holgazaneen por el valle en busca de una presa, a la par que las flores van deletreando su casto colorido violáceo cerca del río Madera que nace en el Calar de Nava del Espino. Rinconada de fábula que concita prados y esquinazos de soberbia catadura, por donde se acarrea una sana y limpia faena de labranza y el hombre se encorva a la hora de escardar, como el que se observa en los Prados de la Mesta que es un ámbito preñado de belleza, sobre todo en la época de la fluencia del color esmaltado de pardos y fillos de romances amarillos que saben a silencio y regocijo de cuento junto a la lumbre de una chimenea. Es en esta zona donde el río atraviesa numerosos cortijos para cursar arroyos díscolos y fundirse con el Segura en la aldea de la Huelga Utrera, lugar paradisiaco donde sienta sus cabales y rumorea a sus anchas por zonas truchereras que dejan un sabor hondo, a cieno y remanso, en las aldeas cercanas. Consume, a su vez embalses lozanos como el de las Anchuricas para buscar su ocio en los encajes de cuevas, como la de los Aguijones, que es un laberinto de muros adosados en cavernas milenarias custodiadas por la mano divina. Pues cabe que se precipite en saltos y cascadas memorables que aportan nuevas sensaciones y agitan el alma del contemplador.

En el divagar tranquilo y a veces fogoso del río, se cita con otros menudos que le asisten y vigilan, cual el de Zumeta en la aldea de Miller, con su Central Hidroeléctrica famosa, dando zancadas por el valle, desde el viejo molino de piedra en el que nace, donde se aprieta la mirada y se escabulle entre sus arcos que liman el prado. Se regodea este valle altivo y prepotente con sus recodos donde la mirada se enfila en dorados grupos de alamillos que nos atraen, como se arrima el afluente, río Frío, que menudea a sus ínsulas por cárcavas y cantiles que estrujan riscos y acogen extrañas ermitas, casas que se apun-



talan en los límites de sus cantos y dejan, en los rellanos, arroyos suaves y pintorescos que nos envuelven con sus silencios y humildad. Por esta zona o paisaje de milagro para la vista, descansan caseríos, aliviados por el paso del pastor trashumante que gusta de los prados para alimentar a sus ovejas segureñas, de tanto valor. Se delatan en la tarde, cuando todo se muestra ahito de soledad y a veces la nieve del invierno ajusta su latido a la elocuencia de su gesto. Toma por ese curso el río Frío majestad y añade lisonja a su contorno por las fuentes del Berral, para llegar a las aldeas del Cerezo, La Matea o Las Nogueras en dirección a Santiago de la Espada.

Posa el Zumeta de nuevo por lugares de asombro con las vecinales aldeas de La Muela, Tobos o Marchenica por las que se cuele una vida concejil apartada y rica en tradiciones milenarias. Hermosea el paisaje y se cubre de vestigios alucinantes que

se apoderan de riscos y farallones que trepidan en forma de pirámide, trasladando fantasías al alma que se nutre con estos bellos encuadres, paraísos que se ocultan a la mirada de los demás y que tan solo acoge al buscador de estos tesoros por los que se funde el Segura y atiza su fuerza el Zumeta, dejando presas y orillándose hasta que se entrega al Segura para que este imprima su ritmo en la gravedad de su empeño, anotando lances de sublime pasmo en Góntar donde se abrazan los dos ríos, aldea perdida y hallada en ocasiones para bien del forastero. Romance de piedra y valle, agua y sonido capaz de enmendarle la plana al mismo diablo.

Y sigue el río como el curso del tiempo que se hace eterno caminante, amparador de melancolías que se han de quedar en su paso, porque en estos ámbitos de Dios la naturaleza se ensalza a sí misma y renace con sus galas de osadías preclaras, dando envidia a los espíritus baldíos que se consumen en sus cuitas deshonestas. Pero por aquí tiembla la palabra y se cuenta con la plegaria de la vida, como hosanna a la verdad que lleva uno dentro, dejándose amparar por el valle y la cañada, por el arroyo y cortijos por los que se acuña la balada de la libertad. Se ha dejado el Calar de la Sima, atalayas de pasión que se ajustan a las citas de las águilas y solaces de pájaros cantores, para transitar por la mole del Rodas contorneando los recodos de Cazorla y su entramado paraíso de azul, verde y nieve.

Se encaran nuevas aldeas y estalla el Tus que entona a su vez la llegada del río seguro de sí mismo, encallando en altozanos o bullente en su célebre balneario altisonante que zozobra en su hidalguía de agua remansada: cita de elevados espíritus que dulcifican la existencia con sus ocios afincados en su recinto.

Y este saluda al viajero con su estampa santiaguista, medular y somática. Ejemplar brioso del medievo que se hace sigilo y paciente icono de los siglos. Por su faldar

se encierra el verbo del río que acuña hallazgos del alma y empuña su armadura penitente consumidor de aleluyas sonoras.

Nace el Tus en Cascada del Saltador emplazado en un bosque de acebos, avellanos y pinos cuya madera era muy buscada para la construcción de barcos, por tal razón surgen los almadieros que transportan maderas hasta tierras de Calasparrá, a veces en el interior se notan los célebres calares que acogen el ganado bravo, dejando carácter en su trama arquitectónica, siguiendo ruta hasta que en el pantano de la Fuensanta deja sus aguas al río vertebral. Continúa, se alza y repliega amparado por El Estrecho del Infierno por cercanías de Molinicos que aporta su gran paisaje, pues no en balde, como en el soliloquio triste de Job, uno por este paraje se hace...” hermano de los chacales y compañero de las avestruces...”. De tanta grandeza y hermosura, a veces conectada al desasosiego, se impone la naturaleza con sus enormes farallones que exhiben cantiles de envergadura, dignos de la morada del viejo bandolero.

Una voz nueva preside el paisaje del Taibilla, río acompañante y fluido por la solana de las Covachas, en el plantón longevo que le da su nombre al nogal mas venerable que ojos humanos puedan ver. Y sigue almacenando boato y castidad los espacios donde brinca el agua, aledaños a Nerpío, digno de alabarse y trotar por sus espacios, hoces y tajos por los que se eleva Letur con su intensa versión de la piedra por la que resbala el agua y se domina el ansiado foco de la felicidad. Y ello es así por el frescor de su estancia que asume contagios de una historia santiaguista, junto con la de su vecino Lietor, Férrez o Ayna que gestan modos arcaicos de vida en auténtica pasividad: emporios de etnografías tutelares, ajustadas a sus lances y arcaicas maneras de acuñar el trabajo. Lugares de evocación y semblanza, de cita y arte. Se buscan estas aldeas y emplazamientos por su enlace con la situación pla-

centera que derrama sus entresijos, con sus fuentes y calles, ermitas y templos románicos, donde la piedra canta su textura. Y es que es preciso refrescar el alma al son de su tiempo amortiguado por la soledad y el rostro de sus ancianos que son eruditos: los venerables personajes de la sabiduría. Y en el centro de sus plazas se deja dominar el añoso árbol de la encina, el fresno o la carrasca que fuera lugar para la cita del concejo abierto.

Inaugura un nuevo lance el río a partir del pantano de El Cenajo, una vez que se alejan los puentes romanos, como el recoleto y pintoresco del Diablo, enraizado en su minúscula versión solariega; para dar rumbo a un caminar lento y pausado que finalmente acoge estallido de los Chorros del Mundo, afluente principal que lo configura y da personalidad, en ese encaje y portento del nacimiento del mismo, en el Calar del Mundo, en que la naturaleza invade su plenitud de gracia y belleza, hasta el punto que conectamos con las apreciaciones de Kant sobre la persuasión que anida en la belleza libre, que contagia a las almas nobles y que no buscan nada más que ese orden de cosas, sin interés alguno y nada más que la necesidad de comunicación universal de ese sentimiento recibido ante lo bello de la naturaleza, que en ocasiones se hace sublime y asombroso. El artista es el único capaz de dar expresión a ese anhelo de goce que termina en sí mismo.

Pues a partir de aquí el curso del río amansa aldeas y remeda melancolías, dado el alto empaque de su osadía por delinear el valle y señalar los pueblos por los que transurre. En este caso es Riópar el que nos sume en la placidez de su contorno, con la complacencia de su zona vieja que retiene los trebejos de su pasado, con la emita románica y el resto de un castillo santiaguista, desde cuya cúspide se domina el valle inmenso de todos vagos y límpidos, como el agua que los acoge. A la vera del mismo se acurruca la aldea de

Mesones, con el fondo de la sierra del Cujón, tan amable como sus recodos y susurros del río que se amansa y deja sonidos en el alma. Lugar para el descanso, en su interior se sueña y se cavila, se revelan las añosas sensaciones adormecidas y se deja huir al pensamiento. Calares y arroyos con sus nombres nos van acogiendo como las sumisas cataratas de agua que se acoplan a su sinfonía; la de un caminar silencioso y vago que nos lleva a Ayna y sus aldeas recoletas, erguidas y amamantadas por el amor a los prados y las fuentes. Que de ahí le proviene su nombre que roza el agua con sus hilas metódicas y bienaventuradas que van limando sus orillas, por donde rige el aliento del Mundo que nos persuade de sus adherencias a la tierra que toca, a los puentes que pasa como el de Isso, que se confabula con la ternura de un pasado romano y trashumante. En este puente se puede amar y gozar del llanto de las piedras, huir por sus esquinas y perderse por el bosque que lo conforma, buscando a sus dioses tutelares que están tan cerca de nosotros como sus viejos horizontes de romance y beso. Zona, paisaje de desparpajo etnográfico, de bosque amplio y nicho de una fauna envolvente, de una flora que aspira la fragancia de Ceres sutil y atractiva convertida en brotes de orquídeas; el espacio se allana y agita, se deja llevar por la mirada que lo busca en el sumiso remanso del Talave, paciente y noble, para engullirse en las aguas del río Moratalla que enfila riscos y se pierde en insólitas paredes de cañones olvidados, para dejarse adorar en los carrizos y bancales inundados de los arrozales de Calasparra, estrujando la labor de esos hombres que dedican su vida y trabajo a la faena del arroz, untando el agua con la semilla que arrojan al agua y esperan su recogida: el arroz mágico de esta tierra que es alegría y vida, relajo y sabor amparado por el santuario de la Virgen de la Esperanza: coloquio de cueva y de Virgen aparecida al quijero del río.

La vida del arrocero calasperreño está llena de intensidad, pues la crianza del arroz está envuelta en una serie de actividades que lleva a cabo este hombre agitado por el empeño de preparar la tierra, sembrar y escardar, después recoger el arroz y dar gracias al Sumo Hacedor. Para ello unos meses antes de echar la semilla, sedimenta la tierra adecuadamente, hasta que llega la primavera, época que le imprime carácter a la labor; momento que utiliza para dar cauce al agua que va inundando las cajas ya preparadas de los arroces con el mimo que requiere. Por ello este hombre sañudo y paciente, el labrador de la zona, conoce ese tiempo recogido y necesario para cumplimentar sus faenas, como la preparación de la tierra, y siembra de la simiente guardada en la cámara, en los sacos de yute fielmente custodiados, para seguir con la vieja faena de “tablear la tierra” que se hacía al compás de la mula, uncida convenientemente.

Era un momento de regocijo y alegría, cuando el hombre agitaba al animal mientras se preparaba la siembra del grano a ras del agua, quedando tapado por el barro, lanzándolo a voleo para que se capuzara en el fondo.

El labriego de esta tierra conoce esta gesta diaria de su labor, tan ancestral como sus antepasados, sabe sufrir calamidades y fundirse, una y otra vez, con el agua de sus amores, hasta perfilar su trabajo. Que ello no era, a veces suficiente, ya que se las tenía que ver con el vecino y luchar por la comida de cada día, la de sus hijos y familia. Pero le tenía cariño a sus bestias de labor, tan eficaces en su oficio, como a sus arreos que limpiaba a su gusto, una vez cursada su tarea.

Era tenaz en los actos siguientes como escardar las malas hierbas que siempre afloran en torno al arroz, como el junzón, grama, mijera, orejas de liebre, etc que evitaban que aquel surgiera con el vigor preciso. No se despreocupa de los riegos a las horas previstas hasta que se iba viendo

la crecida del arroz en el mes de Julio, donde se hacía la “primera seca del arroz”, que consiste en quitarle agua a la tierra para que se seque la ova, lo que se volvía a realizar en el mes de agosto y finalmente en septiembre llegaba la cosecha que se condimentaba con la fiesta, y donde no faltaba el buen arroz con conejo.

Es que a lo largo de su curso, el río Segura va dejando cuitas y tradiciones, emplaza a sus hombres a forjar su tarea en el afán diario, con solo utilizar a su tiempo su vocación agrícola, buscando la leña de los árboles, trajinando con el arado, transportando a lugares precisos la madera, como cortando las cañas de los quijeros del río. Ya es suficiente para poner inquietud a su vida que, de otro lado no es ociosa nunca dada la calidad y potencia de su carácter. Sabe este hombre de la tierra, que en ella radica su futuro, que nada es tan útil como levantarse con el alba y tornar a su hogar en el crepúsculo dejando tranquila a la familia, pues intuye desde el principio que la naturaleza, si la respetas, otorga el ciento por uno. Pero es que además este hombre de la sierra comulga con sus viejas tradiciones y come el pan amasado de sus abuelas, vigila las tormentas y eleva sus plegarias a San Bartolomé, como lo hacían sus pasadas generaciones, para que no se altere aquella y no embista el río a sus bancales. Por ello, en algunas ermitas de Villares se representa al santo con un cuchillo, como emblema significativo y que la gente entiende como forma de “cortar la nube” en circunstancias adversas. Personaje que se levanta enamorado de la naturaleza que lo acoge, intuye los embates de las lluvias y se deja dominar por sus festejos donde no falta las actividades dedicadas al toreo y los encierros de reses, debido a la ingente trashumancia que persiste y aporta su pintoresca factura cuando se citan en las plazas de estos pueblos, la gente y se da rienda suelta a las emociones que desde Yeste a Moratalla instalan su gesto en sus

calles y deja un sabor a menudencia de ganado y cañada.

Todo esto forma parte de la esencia entrañable de los pueblos por los que transcurre el río Segura con su galana repercusión, su melodioso transitar y su, a veces, fogosa singladura, recibiendo afluentes, tomando rellanos y fundiéndose por gargantas y oquedades, pero en todo caso blandiendo su figura en la hidalga presencia de su estampa juguetona y fértil. Precisamente en su devenir hacia las tierras murcianas se concita con el río Argos que late en el entorno de Caravaca y Cehegín, entrelazándose con remansos que suman delicia a la vista cuando se dominan las mansas aguas de la Fuente del Marqués donde se aspira a ritual de monje templario en la cercana torre, que consta su leyenda, y en ese espacio, locus amoenus de los clásicos, la mente acuña fantasías integradas por caballeros del temple y sus narraciones en torno a la copa de san Eloy que tiene su eco en esta cima de la belleza, donde se escancia la soledad del agua y el color otoñal de la flora matizando encuadres que se rematan con el color de la piedra de la singular mansión del que fuera marqués de Caravaca. Y siempre existe una palabra adecuada para poner latido amoroso en el paisaje, adjuntando ecos viejos y aquilatando la nobleza de la rinconada en el reflejo del árbol en las acequias donde habitan las carpas y juegan los patos con el agua. Saborear estos espacios es abrir cauces al espíritu, consagrar la mirada a las imágenes más hermosas que se puedan contemplar, sintiendo la bondad de todo, la razón del anciano que se oculta en una rinconada para descansar de tanta lucha cursada en su vida. Se puede intuir el relato de la montaña y de la flora, de la fauna anotando su armonía en cada encuadre, como leer a Kant para traducir los signos en móviles racionales de alegría. La que nos proporciona la naturaleza, el periplo por el curso de nuestro río que deja, en su haber, pueblos tan admira-

bles como Caravaca, Cehegín, Bullas, que encajan su sintonía de villas enraizadas en su historia santiaguista y cristiana, junto a sus pedanías que lucen su garra en los concejos de La Copa, Archivel, Barrantas y otros que formulan su magia de recoletos aspirantes a la verdad y belleza. Desde los límites del Argos se estremera la vista y orean los prados en repliegues de encuadres infinitos, dejando claro la necesidad de ir al encuentro de aquellos con el ánimo preparado para hallar la belleza y lo sublime en el entramado de su arquitectura; la de Caravaca asumida en el fervor a la Cruz, como Cehegín conjugando la fábula de sus edificios, calles y rasgos brujeriles que conectan con su pasado misterioso, pero trotando con sus ínsulas de grandeza en las vistas fogosas y recias que se dominan en sus distintas poses, porque para ver es preciso indagar, calar en la hondura de estos pueblos que se visten de ocre y pardo, de azul y amarillo, de agua y fervor a sus costumbres. La vista de Cehegín desde el Argos es compatible con el estudio de sus arcanos y hasta se puede concebir la ruta de la bruja por su contorno, donde amanecen los días y se deja uno llevar por el entusiasmo de las cosas.

Con las impresiones de los pueblos citados se acompaña el rumor del río que transcurre por meandros y surcos nuevos por la zona de Moratalla, con la repercusión que causa en mi interior el lugar de la Rogativa, por donde se enfilan los silencios y escancia el alma aberturas nuevas de pasiones contenidas con la naturaleza. Continúo domeñando el terreno que nos lleva a parajes admirables por el curso del río en un transcurrir lento y delicioso que trataremos en otro comentario bajo la mirada que nos ocupa... (Continuará)

FESTIVAL DE POESÍA DE LA HABANA, CON PARTICIPANTES MURCIANOS.

Poetas y amantes de la poesía de todos los continentes se dieron cita en La



Grupo polifónico Armonía viva y coro de niños durante la interpretación de la canción *Agüicas* en el transcurso del XII Festival Internacional de Poesía de la Habana 2007, con la colaboración de músicos y filólogos murcianos.

Habana del 28 de mayo al 2 de junio de 2007 en el XII Festival Internacional de Poesía.

Por parte española participaron, el poeta valenciano Jaume Rojas y los murcianos Fulgencio Huertas, Francisco Martínez y Antonio Sánchez. La comisión de Murcia presentó el poemario: *Una mujer puede andar*. Antología poética de la cubana Lucía Muñoz en versión trilingüe: castellano, murciano y francés, traducida por Sánchez Verdú, Martínez Torres y Perrucho Ferrer.

El evento estuvo presidido por los poetas Alex Pausides y Aitana Alberti y organizado por la U.N.E.A.C (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba) dentro del Proyecto Cultural Sur Latinoamericano.

El grupo polifónico Armonía Viva dirigido por el joven director cubano Carlos Yaunner Lescaille interpretó dos piezas de polifonía compuestas por él mismo sobre dos poemas de la poetisa Muñoz Maceo en versión en "lengua murciana".

El profesor de lengua occitana Alem Surre-García de la Universidad de Toulou-

se (Francia) que se encargó del prólogo del libro de Lucía Muñoz dice:

He aquí una mujer abatida de ausencias en el camino de desolación,
que tomó Gabriela Mistral, una mujer que anda con las manos vacías,
a la búsqueda del alba.

Poemas de la poetisa cubana en lengua murciana a las que el compositor Carlos Yaunner puso música:

AGÜICAS

Agüicas intre tu boca e la mía,
agüicas intre los deos
que no puen allevarse solidades.
Agüicas llamiedo noestras carnes.
Dinde los ojiquios a las manos,
rosegando hojas der tiempo,
piacicos é mi coerpo esjalichao
bandonando al güelo é las aves.
Agüicas entre noestros filós
e s'allevan mi palmito,
s'achanta mi vos,
se borra mi fosquera.
Agüicas. Agüicas etiernas
intre tu boca e mi boca.

NAVEGO AMARGUÍAO

E l'amor (bien sabes d'eso) es navego amarguíaio.
Gabriela Mistral.

Este d'amarte a istancia,
no saber er día en que remaneces,
cómo,
a qué horica.
Sempre l'harizone
entre los dos
como rido enflaqueable;
con ponientes interpunios,
murrrias;
este sintirme bandoná
a supías
e qu'en la otra vera
t'eshaces,
cherer,
ya sin egreso.